

# Rey Rosa, Rodrigo. *El material humano*. Barcelona: Anagrama, 2009.

## Una historia construida con bloques de papel

Julio Quintero  
Waynesburg University

La nueva novela del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa (1958), *El material humano*, remite al lector a aquella frase de Adorno en su artículo “Commitement” en la que advierte que el papel del arte no es establecer alternativas sino resistir, únicamente a través de su forma (*Gestalt*), el flujo del tiempo que continúa poniendo una pistola contra el pecho de los hombres. La novela se erige como factor de *resistencia* no porque de modo explícito tome partido por un determinado grupo social. Si lo hace, su intención primera no es del todo esa: es que en las actuales condiciones de la sociedad latinoamericana es imposible no comprometerse con algún grupo. Es decir, y regresando a otra afirmación de Adorno en el texto citado, no es que la nueva novela de Rey Rosa tenga una intención política. Es del todo imposible concebir que la política no haya migrado al interior de la literatura, incluso a aquella que no se presenta a sí misma como políticamente comprometida.

La novela parte de un supuesto trágico pero irrefutable: un estado frágil se sirve del terror para ejercer control sobre sus habitantes. Tal vez sea por ello que dada la oscura traducción de ese supuesto en la historia de su país, la obra abogue por la construcción de una visión nueva y personal del pasado de Guatemala -y de aquellos países con democracias débiles, como es el caso de varias naciones latinoamericanas, entre las cuales el drama más palpable sea quizás el colombiano-. Y desde ese punto de vista la obra se compromete de forma estrecha con el destino de los ciudadanos anónimos. Sin embargo, y esta parece ser la principal línea narrativa de *El material humano*, lo anterior no ocurre por la apología directa del protagonista a favor de la reivindicación de la memoria de las víctimas. Eso, por supuesto, sucede en la medida en que el lector avanza en la lectura de la obra, pero quizás contra la voluntad del mismo narrador. *El material humano* son los diarios de un escritor que se interesa por la existencia de un nuevo Proyecto de Recuperación de la memoria de los caídos y desaparecidos durante los decenios de dictadura en Guatemala. El protagonista, quien juega a ser el mismo Rey Rosa -cita incluso algunos de sus textos ya publicados como *Caballeriza*-, es ante todo un burgués letrado que escribe sus diarios en la comodidad de su apartamento, rodeado de la silente compañía de los libros, o a orillas del lago Atitlán. Su interés manifiesto por el Proyecto no lo exime de apuntar las faltas de ortografía que encuentra en las tarjetas de identificación y de mofarse de los errores de dicción de los funcionarios. No le interesa hablar como las víctimas: se expresa como aquello que él es, como un buen escritor, formado en el seno de una familia que pudo procurarle una vida tal, y que en la medida en que repasa los informes policiales, lee los ensayos de Adam Zagajewski, el *Fouché* de Zweig y el *Borges* de Bioy.

Si el lector cree que *El material humano* desarrolla de modo lineal la tesis que la obra plantea al inicio, el inventario de los artistas perseguidos por la dictadura guatemalteca, sufrirá

una decepción. No encontrará tampoco testimonios directos de los perseguidos o un detallado inventario de la historia del siglo veinte de Guatemala. Sin duda hallará esto último, pero sólo si se enfrenta con la forma particular que ofrecen los diarios y cuadernos que completa el protagonista, es decir, con la dificultad propia de la fragmentación y la ironía. Y es esa la *forma* que *El material humano* impone como resistencia contra el embate del tiempo que aún pone una pistola en el pecho de los hombres, porque en la medida en que el protagonista inquiere por el destino de los perseguidos, se encuentra con que él mismo es un perseguido por el hecho de escudriñar los archivos. También se da cuenta de que los delitos que copió del “gabinete de identificación” justifican en la actualidad el asesinato de sus compatriotas en un lugar tan cercano a él como el lago de Atitlán. La investigación por el pasado se convierte en una indagación por el destino presente de aquellos aún situados al margen.

Esa forma fragmentaria que ofrecen los diarios y los cuadernos representa ante todo la imposibilidad de seguir escribiendo de la manera en que se ha hecho en medio de un estado que se sirve del horror. Como si la obra siguiera uno de los preceptos de Adam Zagajewski en “Instructions for the Secret Police” de su volumen *Two Cities*, la literatura sólo debe limitarse a notas, reportes e instrucciones. Sería un encantamiento irresponsable emular hoy en día la monumentalidad de una novela como *El señor presidente* porque la belleza, en palabras de Zagajewski, cuando surge en los límites de un gobierno con pretensiones totalitarias, resulta “the sneering satanic expression of omnipotence”. Los cuadernos y los diarios son un rechazo a la omnipotencia y la belleza que lo literario puede adoptar aún en medio y a espaldas de una sociedad injusta. No se trata sólo de denunciar por medio del contenido. Se trata más bien de eludir toda complicidad con cualquier proyecto literario que busque subsumir la historia latinoamericana en un todo inteligible, incluso si refiere la memoria de los olvidados o denuncia las atrocidades que comete, en nombre del orden y la justicia, el mismo estado.

La búsqueda del protagonista de *El material humano* se convierte entonces en una empresa individual. La narración se concentra en la figura ficcional de Benedicto Tun, un inspector de policía medio escritor que trabajó de forma honesta recopilando todo el “material humano” de las décadas contemporáneas y posteriores a la caída del gobierno Jacobo Árbenz. El final de la obra encuentra al protagonista y a su hija construyendo una casa con bloques de papel tipo Barceló, metáfora de esa nueva historia que se busca ahora edificar. El Proyecto de Recuperación se representa como un *simulacro* en el sentido que Alain Badiou otorga al término en su *Ética*, como el establecimiento de una institución política que no llena un vacío real sino que se impone en la artificialidad de su propia maquinaria, engendrando la misma violencia que busca eliminar. Sin embargo, la indagación en la vida de los individuos reseñados en el archivo y en el destino actual de los ciudadanos situados al margen, lleva al protagonista a olvidar sus obsesiones literarias y a descubrir que un perseguido puede ser tanto un artista como un ser humano cualquiera. Su percepción es distinta: ahora cree que su ironía y el distanciamiento social que lo caracterizan se pueden sustituir por la esperanza que proviene de una búsqueda paciente por personajes que trabajaron en pos de sus semejantes en un esfuerzo por implantar justicia. Es por ello que, en un intento de calidad novelística indiscutible, la nueva novela de Rey Rosa no sólo se compromete con el sino del ciudadano anónimo y aboga por el nacimiento de un nuevo tipo de escritor: el lector, al final, parece contagiarse con algo de esa humilde esperanza que motiva al protagonista a construir con su hija un edificio a base de bloques de papel.